

TIEMBLA LA CUNA

Entrevista a Edmundo Covarrubias*

Sonia Montecino

* Genetista y psiquiatra. Entrevista realizada por Sonia Montecino en enero de 2011.

EDMUNDO COVARRUBIAS

Médico Psiquiatra y genetista. Fue profesor titular de la Escuela de Medicina de la Universidad de Chile. Ejerció en el Hospital Salvador. Es especialista en duelo y creatividad.

Sonia Montecino: *¿Cómo se expresan las vivencias de una catástrofe telúrica en su experiencia clínica?*

Edmundo Covarrubias: En la memoria de las personas un tsunami, o un terremoto grande, quedan marcados de por vida. Por lo tanto, de por vida tienden a ser evitados de aparecer en la memoria consciente. Hay imágenes en forma de ráfagas, con ansiedades muchas veces incógnitas para el analista. Otras veces es bastante claro que esas ansiedades son fruto del terremoto o el tsunami. También tienden a aparecer en sueños; a veces se expresan en el organismo entero, en actitudes especiales como por ejemplo buscar el peligro o evitarlo a toda costa. Se traducen en síntomas que pueden emerger, especialmente los que tienen que ver con las reacciones de alarma: la respiración, el corazón y el intestino, el sagrado intestino.

S.M. *¿Qué elementos destacaría de sus observaciones y seguimiento de los efectos del terremoto del 60 en la zona sur chilena?*

E.C. En las entrevistas que yo he hecho a las gentes en la zona de Ancud y en el sur de Ancud, muchas de las personas que estuvieron en el terremoto y maremoto de 1960, las que pasaron 40 o más años, describen con enorme claridad imágenes que penetran; hay gente que tiene fresco lo vivido y lo extremo que fue esa catástrofe; pero lo describen sin mayor emoción la mayoría de las veces, aunque no fríamente. En algunas personas pude observar que lo emocional estaba completamente desconectado, por mucho que hayan visto, por ejemplo, su casa siendo llevada y el padre despidiéndose para siempre de la hija, como una fotografía que hay en el museo de Ancud: una casa siendo llevada por la tercera ola que hubo. Esa desconexión está asociada a la evitación y se manifiesta de forma tremenda, tal como ha ocurrido en toda la costa, en todo el litoral chileno, hasta el norte. Allí donde las casas se las llevó el mar, vuelven a generarse las casas, vuelven a levantarse. Allí hay una evitación, que puede ser de las personas que no vivieron la experiencia, o tal vez las mismas que la vivieron, y que pueden pensar: no van a venir más, o

si viene, ahí vemos cómo lo enfrentamos. Esto que se observa en el sur de Chile, el volver a vivir en los mismos sitios en que todo ha sido arrasado, puede mirarse desde muchos ángulos. Uno de ellos es la memoria del lugar, una memoria que obliga a las personas a radicarse en el mismo espacio, a retornar a ese lugar. Esa es una conducta de mucha gente que ha salido de sus espacios natales por causas adversas. Por ejemplo, los migrantes involuntarios o voluntarios, que ha habido en los últimos tiempos en nuestro país, que tienden a regresar, aun dejando hijos por otros lados y volver al mismo punto.

La evitación de la cual estábamos hablando antes es lo propio del trauma, lo común en los grandes traumas; a los de los terremotos y maremotos se les pueden agregar todos los que conocemos, los más recientes están en las torres gemelas; cuando pasa lo impensado aunque todo el mundo lo haya pensado de una manera u otra.

S.M. Pero ¿cómo responden las personas, los colectivos a esto impensado?

E.C. Hay varias actitudes que tiene la población frente a lo inesperado. En Tirúa, cuando vino el terremoto, los mayores organizaron que todos se retiraran a los cerros y pienso que en esa zona: Beleco, Puerto Saavedra, Puerto Domínguez –en toda esa zona que hay hasta Lebu– eso también debió suceder con los mayores. Se trata de una tradición que permanece en los que ya lo han vivido. El ritmo que yo percibo es de dos generaciones en que se repiten los grandes terremotos. Los menores lo alcanzaron a vivir y se transmite la tradición, eso es algo independiente de lo que digan las autoridades, además que estas están tan infectadas por los modelos científicos que esperan información científica antes de decir: “¡Arranquen todos!”, en todo el litoral. Para mí es escandaloso que no haya sido así. Por otro lado hay mucha gente que en el último terremoto de febrero permaneció en sus casas, a pesar de su cultura. Frente a este tipo de fenómenos, los mayores, más que la información oficial, son gravitantes por la tradición que portan.

En los relatos que he recogido en Chiloé es perceptible que las emociones de temor, de terror, están detrás del discurso; pero el discurso es vívido. Lo que me ha parecido impresionante, porque lo he escuchado varias veces, es que justo antes del terremoto y tsunami en la isla grande, hay personas que percibieron una luz anaranjada en el mar; como ha coincidido con varias personas a unos 30 km al sur de Ancud. Ahí hay una famosa Playa Brava de 22 km, en que hay una extensa duna, de –yo calculo– unos 30 metros de alto, que recorre los 22 km. La ola se debería haber atajado ahí, pero una persona vio como la ola pasaba por encima en una parte, y eso lo describió con sumo terror. Ellos usan la palabra “la ola”, dicen: “cuando el mar se salió”; la palabra maremoto no figura tanto en el relato de esa

gente. Yo me pregunto mucho qué hacen las personas con estas vivencias. Hablando en primera persona, desde niño escuché relatos de mi familia del terremoto de Chillán, del 39, y yo me recuerdo claramente lo que transmitían las radios, tenían sellos de alarma que los niños captábamos.

Precisamente me transformé en un estudioso de los efectos de los terremotos por esas señales. Por ejemplo, desde que oí hablar de la mitología mapuche y sobre todo en Lebu. Al norte de Lebu hay un camino que corre, jalonado por unas rocas negras, que dicen son los muertos de algún tsunami y quedaron allí en esa forma. Fui a ver los efectos en Valdivia, en Niebla, en Corral, del gran terremoto del 60. Lo que he aprendido es que hemos olvidado a hacer caso de las percepciones y esto lo digo para que la gente expanda sus investigaciones. Estamos dotados para percibir lo que viene antes, y no le hacemos mucho caso. Le hacemos más caso al departamento de meteorología o al de sismología; lo cual no es incorrecto, está muy bien, pero no le hacemos tanto caso a lo que pasa con nosotros y entonces desplazamos nuestras percepciones a las autoridades especialistas, pero también, hay una buena cantidad de gente que sigue otras lógicas, por ejemplo a las personas que hablan del apocalipsis. A mí me parece interesante lo que sostiene un científico, profesor de Cambridge de paleontología, un hombre más bien radical, Simon Murray Conway, que sostiene que vivimos pensando que existió el Big Bang, pero no es más que una hipótesis. La información es tan poderosa, tiene tal naturaleza, que todo el mundo cree en eso. Por cierto que hay muchos riesgos en no considerar lo que llaman evidencia, pero también en hacer de ella la exclusiva razón de las cosas. Sobre esto nos da mucho que pensar el terremoto reciente.

S.M. *Una de las conductas del terremoto reciente del 2010 ha sido el pillaje, se ha producido una condena muy fuerte a esta realidad y un no quererse ver en ese espejo...*

E.C. Sí, esto también nos ha dado motivos fuertes para pensar en nuestro comportamiento, pues ocurren dos cosas, a la vez que se rompen los lazos sociales (por ejemplo, con el pillaje) otros son muy profundos. Porque emerge la colaboración, la solidaridad; la tribu que, de alguna manera, se reúne. Sin embargo, es muy poderoso el otro tema: la persona que va sobre la ruina y roba. En esto no puedo dejar de recordar los trabajos de la primatología, de dos mujeres: Diane Fossey y el de Jane Goodall. Esta última, estudiando los chimpancés cerca del lago Tanganika, al regresar dos años después descubre que la tribu que había estudiado había sido sustituida por otros que los habían invadido, desplazado o comido. Entonces esas reacciones colectivas las coloco detrás de la lucha por la existencia más darwinianamente dura que podría pensarse. Pensemos que con estos cataclismos se aparece y enseorea la idea del “acabo de mundo”: tenemos que sacar todo, y proteger a los niños, a los que amamos, conseguir lo que sea para subsistir.

Por otro lado, la vida busca maneras de continuar. Se sabe que durante los tiempos de guerra, y presumiblemente en catástrofes como estas, aumentan los nacimientos de varones, y de eso hay estadísticas en la Primera y Segunda Guerra Mundial. Aumentan los hombres en los tiempos de guerra, y después de que termina se vuelve al predominio de los nacimientos de mujeres. Sería muy importante mirar los nacimientos que van a haber en Chile de aquí a dos o tres años, y ver cuál es la proporción de niñitos versus niñas.

Así son varios los comportamientos que vemos en estas circunstancias, también está el golpe, o choque, que se produce y que deja a las personas anonadadas, consternadas, espantadas, choqueadas; y eso puede durar horas, días y hasta semanas o más. Una primera reacción es quedarse paralizado o dar palos de ciego, pero también de reaccionar protegiendo la vida. Yo sé de una niña de menos de cinco años que está sola en un asado y hay un adulto que se atraganta con una presa de carne, y se va a morir, no hay nadie. Y la niña le da un gigantesco golpe en la espalda y salta el trozo y lo salva. Pienso que todas las reacciones de las que hablamos están en uno, tal como está el buscar bienes a través del pillaje, para el futuro. Lo cual no impide, por cierto, que una parte considerable del pillaje ya tenga otras connotaciones.

S.M. *¿Es posible leer en los sueños la impronta de los terremotos y maremotos?*

E.C. Sí, y lo que llama la atención en alguien que ha estado escuchando sueños por muchos años, es la frecuencia de sueños con olas, sueños con olas de muy diversos tipos: olas enormes, gigantescas, bonitas y no peligrosas u olas peligrosísimas que se echan encima. Hay muchas más descripciones que podrían hacerse, pero esas dos me han llamado la atención. Casi siempre esas imágenes han estado ligadas con algún terremoto existencial o se podría llamar algún tsunami existencial, de los muchos que puede haber. ¿Y cuáles son los terremotos existenciales? Eso todo el mundo lo sabe. Y muchas de esas tragedias o traumas o circunstancias, tienen que ver con agua, como el nacimiento. No hay trabajos de estudio de sueños comparados en Chile entre gente que vive en la costa y los que viven en la cordillera y los que viven en el valle, ¿son los mismos sueños? No tengo la información, pero puedo hipotetizar que en todo el globo la gente que vive al lado del mar, puede tener este tipo de experiencias, de sueños, basados en sus primeras exposiciones a las olas. Cuando un niño de dos años ve una ola de dos metros, sin duda es un tsunami. Por cierto, me ha tocado, con cierta frecuencia, de personas que estuvieron expuestas al tsunami del 60, sueños angustiosos con olas, por ejemplo el de una mujer que cuando recordaba la ola que se le venía encima a ella y a todos sus compañeros, no tenía palabras para describir el horror. Y es cierto, pienso que no tenemos palabras para describir eso. Los sueños podrían registrarse en una línea

múltiple, hay varias posibilidades: una es que todos los niños de determinados lugares, de escuelas, de cierta edad, que vivieron este último terremoto tengan un cuaderno de sueños y que los dibujen y describan durante un tiempo. Esto se ha hecho en Chile para otros contextos, con niños en los que ambos padres han sido detenidos desaparecidos o torturados. Entonces en un nivel de mayor generalidad se podría hacer en las zonas de desastres. Detrás de este tipo de experiencia existe la teoría de varios clínicos e investigadores de que esta es una manera de aproximarse vía sueños a una realidad imposible de metabolizar. Esto sería un esfuerzo por racionalizar las vivencias y creo que el sistema de salud está preparado para eso, tenemos que recordar que los damnificados del 73 para adelante, al menos, han recibido algún tipo de atención sistemáticamente. Aunque también es cierto que la subjetividad a veces no es una preocupación de primera urgencia por parte de las autoridades.

S.M. *Me ha llamado la atención que no se entiendan los efectos de los terremotos y tsunamis como duelos y la consiguiente carencia de ritos de mitigación de la pérdida.*

E.C. En general, los duelos de terremotos, de tsunamis, siguen la misma secuencia de otros duelos traumáticos, como los accidentes de tránsito o los duelos ideológicos, o los duelos por enfermedades, todos siguen las mismas etapas. Porque siempre es posible echarle la culpa a alguien. Por ejemplo, el edificio Alto Río que debieron haberlo conservado como museo universal de Concepción, transformarlo en un museo, porque es un testimonio realmente prodigioso y paradójal. Allí sucedieron muertes y se busca a los constructores de los edificios, tal como a los médicos, o a los políticos, siempre está la búsqueda del enemigo, eso es natural. La búsqueda del enemigo que llevó a una muerte, y por ahí sale una línea que es la venganza, o buscar arreglos, o buscar que cambien las leyes. Todo lo que sea necesario. Yo no veo una diferencia demasiado grande, sin embargo, me llama la atención el grado de negación gigantesco –del que hablábamos antes– de construir donde la ola se llevó la casa.

S.M. *Se ha sostenido en los medios de comunicación que los(as) chilenos(as) somos resilientes y que esa identidad es la que se aprecia en nuestro modo de enfrentar estas catástrofes.*

E.C. Desde luego la idea de resiliencia, y de vulnerabilidad, que es su contrario, son nociones que están en la cabeza de las personas que lo han estudiado. Yo creo que son universales y que están dados en todas las poblaciones, en todos los grupos; sea familia, sea la sociedad. Pero, también está la vida del individuo, y los individuos pasan por momentos en que resisten más ciertas cosas, y otros momentos en que una pulga los puede derribar, por ello no se puede generalizar sobre

estas formas de reaccionar. Aparte de lo universal de ayudar que tienen todos, está el poder de la maternidad y la paternidad, que son muy extremos; tanto madres como padres, la mayoría, están dispuestos a dar su vida por la progenie. Aunque a veces se sale de la norma y el padre y/o la madre están dispuestos a matar a la progenie para que su venida no perturbe a la relación de pareja. No creo que se pueda generalizar una conducta chilena de resiliencia porque Chile es también una suma de circunstancias personales.

S.M. *¿Cuál sería la metáfora que pudiera describir, ayudarnos a metabolizar –como usted dice– las experiencias de los terremotos o tsunamis?*

E.C. Sería: tiembla la cuna, y el sol rojo aparece, porque la cuna es el lugar donde somos mecidos, donde se está tranquilo porque se está protegido. Que tiemble la cuna para el niño es una catástrofe, es una cuestión muy marcadora. Yo veo la metáfora como este temblor que está siempre anunciando la posibilidad de la muerte, desde que estás en la cuna. Y el sol rojo –como lo veían las personas de Ancud– es el universo amenazado, las vivencias de amenaza de vida, de amenaza a un país o a la sociedad entera que siempre han existido. Traigo la memoria personal de esa amenaza cuando, la noche del 10 de agosto de 1945, se supo lo de las bombas atómicas de Hiroshima; yo tendría unos 12 años, y recuerdo no haber dormido en toda la noche. El mundo se me había caído con esa sola información. Ese es el sol rojo que se asoma cuando tiembla la cuna.